

Nombres castellanos en la helada Antártida

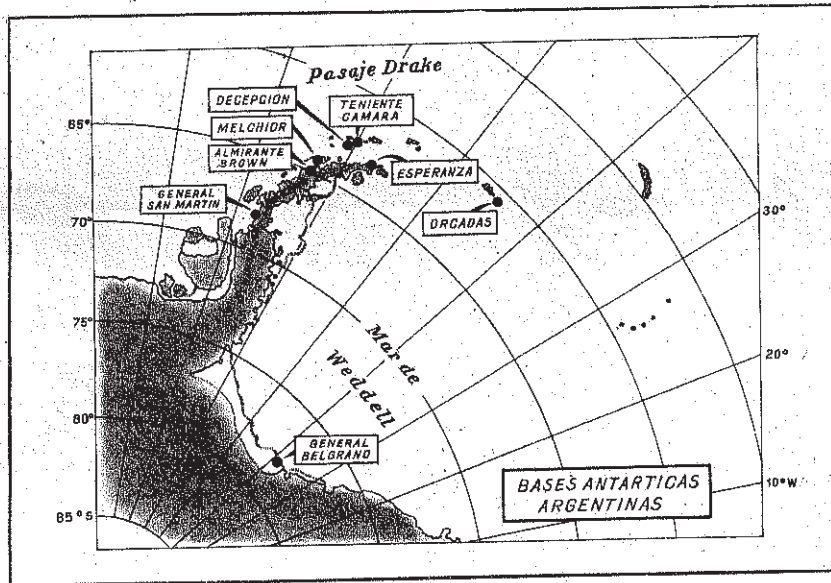
Por Armando Puente

No vale la pena hacer proyectos de ir a veranear a la Costa Azul o a la Riviera italiana. Va usted a encontrarse allí con los amigos que ve todos los días en la cafetería o a la salida del cine de estreno y no va a poder contar nada nuevo cuando regrese, porque todos habrán visto la última película de B. B. y podrán tararear la canción puesta de moda por la actriz griega Melina Mercuri. Yo le aconsejo que espere un poco a que se inicie el verano austral y vea si en Argentina organizan alguna expedición al territorio antártico.

No tendrá usted ocasión de perder unos francos jugando a la ruleta ni de volver con un pañuelo de seda italiana, pero en cambio los rollos de fotografías que tome en las heladas regiones del continente antártico mostrarán a sus envidiosos amigos que aquéllas no han sido unas vacaciones perdidas. Piense que son muy pocos los que, desde que Argentina inauguró en el verano de 1957-58 la ruta turística de la Antártida con dos viajes efectuados por el transporte "Les Eclaireurs", han visitado el sexto continente.

Ni un solo árbol

En el enorme y vacío territorio argentino de la Antártida, donde el sol nunca se pone durante el corto verano, las gigantescas moles de hielo balan desde elevados picos aún sin nombre, que llegan a tener 6.000 metros de altura, lo que hace del sexto continente el de mayor altura media del mundo —con 2.000 metros—, superior a Asia—1.100 metros—, que es la que se lleva la fama. Miles de pingüinos, petreles y gaviotas son los únicos seres vivos que pueden verse en tierra. Ni un árbol en la superficie de 14,5 millones de kilómetros cuadrados; sólo algunos musgos y líquenes afloran en los meses del deshielo. En el mar, en cambio, la vida es variada y abundante: focas y orcas en las costas; ballenas azules de 150 toneladas, con más de 30 metros de longitud; krilles, parientes de los camaleones, que tienen de rojo oscuro la superficie... Y soledad. La más absoluta



soledad de un mundo vacío en un lugar donde la ausencia de polvo atmosférico y la sequedad de ambiente permiten ver nitidamente las montañas situadas a 100 kilómetros de distancia. El aire es tan puro como el de los primeros días de la Creación. No existe allí el ries-

go de contraer enfermedades contagiosas de ningún género, ni siquiera un resfriado. El puñado de argentinos que pasa allí varios meses aislado, afirmando la soberanía sobre el territorio, puede salir de los recintos cerrados de la base, con una temperatura de 20 grados, al

aire exterior a 10 grados bajo cero, sin sufrir la más ligera afección a la garganta.

A sesenta bajo cero

El sector antártico argentino supera ampliamente dos veces la superficie de España, estan-

do delimitado entre los meridianos 25 y 74 y limitado en su parte septentrional por el paralelo 60. Desde el año 1903, en que la corbeta "Uruguay", al mando del teniente de navío Julián Irizar, partió para rescatar a la expedición sueca de Otto Nordenskjöld, hasta hoy, hombres argentinos han afirmado la soberanía nacional sobre un territorio que llega hasta el Polo Sur, y que pertenece al país por derechos fundados en razones geográficas, históricas, que se derivan incluso de la gesta descubridora de navegantes españoles y jurídicos universalmente aceptado. Argentina es el único país que a estas razones puede añadir el hecho de que año tras año sus hombres han permanecido allí soportando a veces huracanes en los que el viento alcanza velocidades de 250 kilómetros por hora; temperaturas que hacen descender el termómetro a 60 grados bajo cero; riesgos como la "ceguera blanca", causada por la blanchura uniforme y deslumbrante del paisaje.

Centro meteorológico de primer orden

Aquellos hombres han contribuido con su sacrificio al progreso de la meteorología, la biología, la botánica y la geografía en beneficio de todas las naciones. El observatorio meteorológico establecido en las islas Orcadas en 1904 ha suministrado infinidad de datos que han resultado útiles para toda América, ya que la Antártida es, desde el punto de vista atmosférico, uno de los grandes centros de acción del mundo.

Si algún día usted decide hacer turismo en una de las expediciones organizadas por Argentina en su territorio antártico, podrá anotar en el diario de viaje nombres tan sonoramente castellanos como cabo de los Tres Pérez, isla de la Decepción, bahía del Buen Suceso, bahía Margarita, bahía Luna, golfo del Terror, cabo García, isla Niebla, isla Ocasión, bahía de la Esperanza, caleta Balleneros.

Y sentirá con orgullo que los argentinos saben ser fieles descendientes de los navegantes y descubridores españoles.

Arriba, relevo de destacamentos en helicóptero. Abajo, el rompehielos "General San Martín" en la Antártida.

